

Zillah Eisenstein

Señuelos sexuales

Género, raza y guerra
en la democracia imperial



En este libro, Zillah Eisenstein continúa su denuncia de la política imperial neoliberal. Analiza sus configuraciones militaristas y masculinistas más recientes a través de las guerras de Afganistán e Irak, las violaciones en Guantánamo y Abu Ghraib, las elecciones presidenciales de 2004 y el huracán Katrina. Advierte que la retórica de los derechos de las mujeres está siendo manipulada como una estratagema para el dominio global y una apropiación misógina del discurso democrático. Sin embargo, Eisenstein también cree que la vida radicalmente plural y diversa de las mujeres sentará las bases para un asalto a estos elementos fascistas. Esta nueva política confundirá y clarificará los feminismos, y reconfigurará la democracia para el mundo.

Agradecimientos

Muchas personas han participado en la elaboración de este libro. Algunas me han hecho comentarios acerca de las ideas que en él se exponen; otras han escrito obras que han marcado mi pensamiento; también quienes me han acompañado en mis viajes, y los organizadores y animadores de las manifestaciones y marchas políticas que evoco en estas páginas, así como quienes han intercambiado conmigo sus ideas por correo electrónico y quienes me señalaron la existencia de otros trabajos, sin olvidar los que me han manifestado una amistad verdadera. Incluso hay quienes hicieron todas estas cosas. Habría sido imposible escribir este libro sin todos esos individuos y las comunidades a las que pertenecen. Manifiesto mi más sincero agradecimiento a Miriam Brody, Susan Buck-Morss, Rosalind Petchesky, Ellen Wade, Chandra Talpade Mohanty, Rebecca Riley, Carla Golden, Naeem Inayatallah, Asma Barias, Judith Butler, Joan Romm, Anne Fausto-Sterling, Bernedette Muthien, Patty Zimmermann, Kavita Panjabi, Sandra Greene, Angana Chatterji, Shareen Gokal, Meyda Yegenoglu, Cynthia Enloe, Anna Marie Smith, Valentine Moghadam, Mary Katzenstein, Ella Shohat, Donald Dawslan, Paisley Currah, Tilu Bal, Tom Shevory y Mary Ryan.

Quiero destacar algunas extraordinarias muestras de dedicación. Miriam ha leído todo lo que he escrito desde hace años, y también en esta ocasión ha revisado mi manuscrito de arriba abajo, más de una vez en lo que respecta a algunas de sus partes. Susan se entregó a este proyecto

desde el comienzo con enorme entusiasmo, y leyó y anotó el borrador íntegramente. Carla revisó algunos fragmentos, a veces sin margen de tiempo suficiente, para poder colgarlos cuanto antes en internet. Su contribución también fue fundamental en mi trabajo de recogida de firmas contra la propuesta HR 3077, destinada a recortar áreas de estudio de los programas académicos, y estuvo a mi lado en las manifestaciones contra la guerra. Siempre que lo necesité, Naeem me prestó atención de un modo estimulante cuando me atascaba y trataba de descifrar mis propias enrevesadas ideas acerca de los señuelos, se manifestó a mi lado en contra de la guerra, junto con su hijo Kamal. Asma compartió conmigo su lúcido compromiso con el universo islámico, ayudándome a despejar mi ignorancia sobre algunos matices. Ros no dejó de transmitirme sus fabulosas ideas, a medida que iba adentrándome en estas líneas escritas en tiempos de confusión bélica. Chandra es capaz de entregar sus ideas y su persona, incluso cuando Uma no le deja tiempo para hacerlo.

Ni una sola de las ideas, textos y convicciones que componen este libro existirían sin los movimientos feministas y el activismo de las mujeres que luchan infatigablemente en Tailandia, Cuba, Corea, Turquía, Palestina, India, Suráfrica, Ghana, España, Chile, Afganistán e Irak.

Creo que no sería capaz de pensar como lo hago sobre las fronteras sexuales y cómo traspasarlas si no fuera por mi amistad con Donald Dawsland. Además de desafiar categorizaciones, sabe cómo celebrar, y siempre con arrojo, su propia sexualidad.

Mi más hondo agradecimiento a Tsveta Petrova, mi asistente de investigación en Cornell, siempre generosa con su tiempo y energía, además de sorprendente. Con frecuencia busqué documentos que no era capaz de localizar y que ella siempre encontraba. Agradezco también a Peter Bardaglio, vicerrector académico el Ithaca College, por los fon-

dos destinados a mi investigación y su excepcional apoyo a mi trabajo y viajes.

Quiero señalar la importante labor de distribución de mis textos sobre Abu Ghraib, las nominaciones al tribunal Supremo, el huracán Katrina y la marcha de 2005 contra la guerra de Irak realizada por www.WHRnet.org y www.nw-sa.org/katrina.

Por descontado, este libro no habría podido realizarse sin el apoyo de mi editora, Anna Hardman, y Julian Hosie y Farouk Sohawan, de Zed Books. Un reconocimiento especial a mi editora de mesa, Pat Harper.

Por permitirme compartir mi trabajo en el período de preparación, estoy en deuda con los seminarios sobre Género y Militarismo que dirigí en el Ithaca College (2004-2006) y la Universidad McMaster en Hamilton, Ontario; la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts; la Universidad METU de Ankara, Turquía, y el Trinity College de Dublín, Irlanda.

A Bernie Wohl, Carmen Lewis y Sheila Davidson, mi sincero agradecimiento por el cariño y la atención que durante todos estos años le han prodigado a mi milagrosa madre.

Y mi más hondo agradecimiento a Richard Stumbar por su extraordinario amor, amistad y compañerismo durante la mayor parte de mis viajes, y a Sarah Eisenstein Stumbar por ser la fabulosa hija que sabe siempre prodigarme una inabarcable alegría. Mi hermana Julia Price Eisenstein fortalece mi alma milagrosamente, a pesar del dolor físico al que se enfrenta a diario.

A todos los que se arriesgan a tener
esperanza en nuevas formas de ser

Prefacio

Enero de 2006. Es un mes difícil. El suelo está cubierto de nieve, pero es una nieve helada y sucia, no la de una nevada reciente y limpia. Hace frío... Y con el gas y el gasóleo batiendo todas las marcas de precios en Estados Unidos, para la mayoría de nosotros la vida parece más glacial que nunca. El pasado reciente incluye la revelación de las torturas en Abu Ghraib, la reelección de George Bush y los horrores del tsunami y el huracán Katrina, con su inabarcable devastación. La opinión pública estadounidense descubre que nuestro presidente autorizó en secreto a la Agencia de Seguridad Nacional para que nos sometiera a escuchas, mientras las guerras en Afganistán e Irak continúan arrasrándose penosamente. Aumentan el control y la vigilancia y se criminaliza a los disidentes. Todo resulta cada vez más visible y evidente, mientras disminuye cada día más la posibilidad de cambiar este panorama.

Con pesadumbre en el corazón, comienzo a desvelar lo novedoso que anida tras estos «nuevos-viejos» escenarios^[1]. Persigo la traza y revelación de las silenciadas historias raciales y de género de este momento militarizado del patriarcado racializado del capitalismo global. Todos y cada uno de los actuales escenarios varoniles son obra de sedicentes hombres masculinos, pero resulta que los hombres pueden ser masculinos o femeninos, blancos u «otros». El género racializado o concebido como raza opera como señuelo. Los hombres pueden ser machistamente identificados como masculinos, pero asimismo pueden ser femeni-

nos, ya que son capaces de desarrollar aptitudes tanto masculinas como femeninas. Es en este sentido que puede decirse que, aunque existen más de dos sexos y más de dos géneros, políticamente se nos dicta y obliga a ser masculinos o femeninos, hombres o mujeres.

Así, el sexo, el género y la raza pueden ser utilizados como señuelos, ya que sus significados, además de osificarse, también admiten siempre ser múltiples y variados. Sexo y género, a pesar de ser distintos y diversos, suelen amalgamarse brutalmente para formar una sola entidad. Las variaciones de lo femenino y la feminidad, lo masculino y la masculinidad, se oponen a la homogeneidad del género heteronormativo, creando relatos y significaciones confusos, ilegibles, ignotos^[2]. Los aspectos indescifrables del sexo, el género y la raza hacen posible que en la actualidad asuman la función de señuelos de la democracia imperial y fascista. Pero el género no puede engañar siempre o integralmente, ya que entonces dejaría de funcionar como señuelo. Ello enturbia aún más la inteligibilidad de los significados del sexo, el género y la raza. El complejo proceso del señuelo (seducción, engaño y captura), a la vez que contribuye a definir la historia, adopta «nuevos-viejos» significados históricos. La guerra hace que estos procesos se vuelvan más visibles y sujetos a debate. La elaboración racial y de género por la política es precisamente lo que aspiro a enfocar con mayor claridad. El lenguaje mismo, sin embargo, hace que sea imposible construir un pensamiento que incluya estas complejidades.

Persigo «hechos impensables», y para ello requiero nuevos «instrumentos de pensamiento», ya que mi conceptualización no incluye las categorías adecuadas^[3]. Hay una masculinidad que es masculina y otra que es femenina, y existe la feminidad femenina y la masculina. Condoleezza Rice encarna su condición de señuelo cuando hace la guerra en nombre de los hombres blancos. Y las mujeres musulmanas veladas se convierten en señuelos de y para las guerras

contra el terrorismo, que libran tanto los misóginos imperiales como los insurgentes islamistas. Si esto parece confuso, pido al lector que siga leyendo.

Mi interés ahora está centrado en la manera en que el actual período de guerra y militarismo contribuye a modificar el significado del género y su relación con unos cuerpos marcados por el sexo y la raza. Aspiro a exponer y revelar las más recientes variaciones de género, capaces de desconectar las significaciones del cuerpo femenino de su formación genérica. Más mujeres hoy en día están en el ejército, se ven afectadas por las guerras y ven militarizadas sus vidas privadas, participan en las fuerzas armadas de países del Tercer Mundo, o son inmigrantes y refugiadas. Todo ello desestabiliza los significados de género establecidos, mientras que los privilegios de la masculinidad racializada permanecen incólumes, a pesar de que han sufrido alguna modificación. Aunque utilizan el discurso de los derechos de la mujer como tapadera táctica de la dominación global, mujeres como Condi Rice y Hillary Clinton no hacen sino complicar aún más las cosas al articular la democracia imperial más puntera.

Es posible que nos hallemos en un momento histórico crucial, en el que, con la ayuda de los feminismos de todo el planeta, se logre desestabilizar el género efectivamente, pero también es posible que las formulaciones machistas del género en defensa de la democracia imperial acaben imponiéndose en formas más diversas. Tan solo el año pasado se produjo toda una serie de primicias: mujeres accedieron democráticamente a la presidencia en Chile, Alemania y Liberia; Cecelia Fire Thunder fue designada líder de la tribu sioux Oglala; Tzipi Livni ocupó el cargo de ministra de Asuntos Exteriores de Israel —la primera vez que una mujer lo hacía después de Golda Meir— y seis mujeres fueron elegidas al recientemente constituido Parlamento de Hamás. Obviamente, el significado de estos acontecimientos no está claro. Algunas de esas victorias son el reflejo de

enormes luchas y logros políticos. En cada capítulo de este libro abordo diferentes aspectos de la elaboración de sexos, géneros y razas, así como la influencia del género en la guerra y su militarización y la multiplicidad de los patriarcados y, por ende, los feminismos. El género, en medio de estas transformaciones, continúa siendo increíblemente complejo y confuso. Por un lado, los cambios afectan a casi todos los ámbitos, pero, por otro lado, es difícil saber a ciencia cierta qué es exactamente lo que está cambiando.

El género y la sexualidad son hoy, en sus manifestaciones, mucho más diversos para mi hija de lo que lo fueron para mí. Las mujeres están presentes en nuevos y diferentes ámbitos; el patriarcado es más diferenciado y complejo, lo que genera más alternativas y variabilidad; asimismo, la privatización neoliberal global impone mayores restricciones a muchas de esas alternativas. Actualmente es más difícil abortar en Estados Unidos que hace una década. Más adolescentes, tanto varones como hembras, practican el sexo oral, pero sostienen que no se trata de sexo. En el otoño de 2005 se emitió una serie de TV, *Comandante en jefe*, acerca de una mujer que ocupa la presidencia. No obstante, las mujeres no han influido en las nociones de género en el ejército, y las guerras de/contra el terrorismo suelen propiciar mutaciones de las nociones sexuales y de género en las que los dos términos aparecen mezclados y confundidos.

Examinó aquí el desarrollo de la versatilidad del género y la diversidad racial —que no de la igualdad— en este período militarizado y con frecuencia antidemocrático. Sostengo la tesis de que la diversidad que hoy se manifiesta en la vida de las mujeres en todo el mundo no debe confundirse con la igualdad o la justicia sexual o de género, y también que en ocasiones sí es su equivalente. Y que la cooptación de la diversidad racial de una minoría a través del desplazamiento de la igualdad racial de la mayoría contribuye a reforzar la horrenda tendencia hacia el fanatismo derechista.

Así, asistimos a procesos de redefinición sexual del género (mujeres comportándose como hombres), redefinición de género del género (mujeres presentándose como más modernas y diversas en tanto que mujeres), arrasamiento de la raza (negros convirtiéndose en Clarence Thomas o Colin Powell), nueva racialización de la raza (mujeres negras que pasan a ser blancas). No hay que cometer el error de interpretar estos procesos políticos como si fueran esencialistas y estáticos. Su constante excepcionalidad es lo que los hace parecer sobresalientes. La dificultad estriba en esencializar unas categorías que aspiro a desplazar.

En su discurso inaugural de 2005, el presidente Bush no mencionó la guerra de Irak; en cambio, dirigió la atención de todos hacia su lucha por las libertades en el país y en el extranjero: «La supervivencia de la libertad en nuestra tierra depende cada vez más del éxito de la libertad en otras tierras». Aseguró que Estados Unidos no impondrá nuestra forma de gobierno a quienes no quieran adoptarla, y que todos han de hallar su propio camino y su propia voz^[4]. Prometió devolver la unidad al país, a despecho de los llamados estados azules (progresistas) y rojos (conservadores). En su mensaje democrático, la política aparece codificada como una forma de guerra. Apenas unos pocos meses después, en medio del creciente descontento con la guerra, se dirigió a la National Endowment for Democracy en un tono más a la defensiva y agresivo, aunque con la misma insinceridad: «No descansaremos hasta haber ganado la guerra contra el terrorismo». Sus alternativas son simples: hay que escoger entre el triunfo de la libertad y el radicalismo islámico, con su militante yihadismo fascismo islamista. Una vez más repite su postura: Estados Unidos jamás se rendirá y solo está dispuesto a aceptar una victoria total. Se refiere a la ideología «asesina» de los radicales islámicos comparándola con la lucha contra el comunismo, otra ideología que «desprecia con frialdad la vida humana». Los radicales islámicos ambicionan la «dominación imperial», mientras

«tratan brutalmente a sus mujeres». Irak es la plataforma de lanzamiento de todo el mal existente. Pero Estados Unidos no perderá el norte^[5]. En marzo de 2006, con el apoyo a la guerra decreciendo significativamente, Bush parece aún más a la defensiva.

El 8 de octubre de 2005, la opinión pública estadounidense esperaba el anuncio de la causa abierta contra Scooter Libby y Karl Rove por su responsabilidad en la filtración de informaciones acerca de una agente de la CIA, Valerie Palme, destinadas a perjudicar a su esposo, Joseph Wilson, por haber cuestionado la versión de Bush acerca de las armas de destrucción masiva de Sadam Husein. En la mañana de ese mismo día, la National Public Radio (NPR) abrió con la noticia de que la CIA podía ser responsable del asesinato y tortura de detenidos capturados en las guerras de Afganistán e Irak. Por un lado, el gobierno de Estados Unidos parece actuar racional y legalmente al perseguir a delincuentes por sus mentiras, mientras por otro lado consiente la tortura y la muerte. Este es el rostro que al fascismo neoliberal o democracia fascista le conviene ofrecer, el que más conviene al capitalismo global militante. La guerra contra el terrorismo ha logrado destruir los vestigios de la democracia, mediante la militarización de todos y cada uno de nosotros. La siempre problemática retórica de la emancipación, que se remonta a la Ilustración, parece haber sido sustituida *casi por completo* por la retórica del terror.

Una vez más, no sé qué palabras podrían ayudarme a pensar. No es nueva la tesis de que la democracia liberal/occidental/burguesa nunca ha sido plenamente democrática, ni la afirmación de que es un error equiparar la democracia de corte occidental con la democracia a secas^[6]. Actualmente, las variantes neoliberales de la democracia se jactan a su vez de representar fielmente la democracia y se posicionan en contra del islam. Aunque la democracia occidental tiene una tradición imperial que nunca ha desaparecido, lo novedoso es que ahora también articula prácticas

neoliberales fascistas. Utilizo las expresiones «fascismo neoliberal» y «democracia fascista» como señal de peligro ante las actuales tendencias en Estados Unidos que, aunque puedan parecer excepcionales, también pueden fácilmente convertirse en la regla. En determinados ámbitos se puede observar un desplazamiento desde y entre las concepciones democráticas liberal y fascista.

Fueron muchos los alemanes que dijeron que no sabían nada del exterminio de más de seis millones de judíos durante el nazismo. Para ellos, la vida había seguido su curso con normalidad. Hoy, el curso normal de la vida prosigue para muchos de quienes vivimos en Estados Unidos, pero ha dejado de hacerlo para los detenidos en otros lugares, los sometidos a escuchas ilegales o los prisioneros de Guantánamo. Dependiendo del lugar que se ocupa y desde el que se habla, estas acciones serán o no consideradas excepciones (al Estado de derecho). Una excepcionalidad de esta naturaleza conduce a las nuevas formas que adopta la democracia fascista, lejos de las interpretaciones liberales y neoliberales ilustradas, circunscritas a la promesa de derechos legales para todos.

Las guerras en Afganistán e Irak están destruyendo el alma de Estados Unidos. Se lanzan bombas indiscriminadamente, se mutilan cuerpos, se les niegan sus derechos a los prisioneros de guerra, en Guantánamo se continúa reclusión a personas ilegalmente. Las vidas de las pobres gentes son devastadas por tsunamis y huracanes, y el gobierno de Estados Unidos les ofrece tardíamente su caridad, pero no justicia social. El Katrina permite descubrir el racismo y la pobreza que muchos en Estados Unidos dicen ignorar que existían, y cabe preguntarse si el verdadero beneficiario de tantas desgracias volverá a ser Halliburton.

El nuevo vacío legal instaurado por la administración Bush, tanto en Estados Unidos como en otros países, ofrece un desmentido al discurso democrático. La novedad consiste en ubicar al enemigo de hoy no solo en el extran-

jero, sino también en casa. En Nueva York, Nueva Jersey, Minnesota, California residen musulmanes, surasiáticos, latinos, salvadoreños, paquistaníes y somalíes. Quienes marcharon a Estados Unidos huyendo de la violencia y las persecuciones, ahora se preguntan qué ha sido de ese país que buscaban. Desde el 11 de septiembre de 2001 han perdido la libertad que en él aspiraron a encontrar. Dicen que nuestras cárceles y centros de detención son peores que los campos de refugiados que han conocido en otros lugares. La retórica de la guerra autoriza nuevos procesos no democráticos, desde la elaboración de perfiles raciales hasta el registro obligatorio, de las redadas racistas a las deportaciones^[7].

Para el resto del mundo, Estados Unidos, especialmente desde el escándalo de Abu Ghraib, ha dejado de representar la doctrina de los derechos humanos, con independencia de lo limitada que anteriormente fuera su aplicación real. Hemos dejado de ser una nación tan abierta como antes a los emigrantes del mundo entero, a exiliados y refugiados. En nombre de la «seguridad», confundimos a los necesitados con criminales y terroristas. Como Edwidge Danticat dice de su anciano tío haitiano: «Mi tío ha sido tratado como un criminal, cuando su único delito fue pensar que hallaría refugio en Estados Unidos». Y agrega: «En el perímetro exterior de Estados Unidos hay una zona delimitada y cerrada donde la Constitución ha dejado de ser plenamente operativa^[8]».

A medida que se implementan las excepciones, perdemos nuestras mejores cualidades. Para la esposa y el hijo de un hombre que la CIA detuvo, torturó y mató en Afganistán, el gobierno de Estados Unidos no difiere un ápice de cualquier régimen fascista. El género y el sexo racializados funcionan como velo y engaño (como si la democracia existiera porque existen Colin Powell y Condoleezza Rice) y simultáneamente como desenmascaramiento (como sucede con las violaciones sexuales y raciales en las cárceles de

Guantánamo y Abu Ghraib). En medio de esta cacofonía, ya no sabemos (si es que alguna vez lo supimos) quién o qué es una mujer y/o qué significa o debería significar ser afroamericano. El color se ha convertido en una baza para matar a la raza, y el género, en la que permite matar al sexo. Y la heteromasculinidad patriarcal/racializada autoriza y normaliza la condición de la mujer blanca privilegiada.

Mujeres como Condi Rice y Sandra Day O'Connor son las encargadas de apostar en nombre del poder imperial. Mientras, se generaliza el ingreso en el ejército de mujeres y chicas, como parte de la economía global recientemente militarizada. La nueva diversidad de optar entre terrenos de género, con sus respectivas identidades racializadas, define el militarizado momento histórico que vivimos. La economía se desarrolla y crece solo para una exigua minoría. En mi entorno no conozco a nadie que no vaya a remolque y no esté hiperocupado. Los puestos de trabajo profesionales se reestructuran y modifican incesantemente, y pretendemos que todo sigue igual. Toda clase de formas de trabajo desaparecen en el país para relocalizarse en otros lugares. Da igual cuál sea nuestra postura política: nadie comprende el sentido de las guerras en Afganistán e Irak; sin embargo, nada las detiene. Se nos informa de que humillamos y torturamos, pero seguimos arrogantemente haciendo lo mismo de siempre.

A medida que el Estado-nación se privatiza para provecho del capital global, disminuye la transparencia en la asunción de responsabilidades. Las recién diseñadas guerras de/contra el terrorismo están minando una nación que era clave para la articulación del género racializado. Mediante su debilitamiento y reconfiguración se desarticula y desregula el espacio patriarcal de «la» familia. De ahí que en las relaciones de y entre vida pública y vida privada se impongan los vínculos conflictivos y transitorios.

En medio de la militarización generalizada, y en el contexto de las guerras de/contra el terrorismo, el anterior sig-